



A PESAR DE TODO ORAD SIN CESAR (LA ORACIÓN Y V)

Juan F. Muela

I. INTRODUCCIÓN

“Ciertamente, he comprendido que lo que sucedió en Navidad fue la respuesta a la mayor y más profunda oración implícita de esta Humanidad pecadora y sufriente porque nos trajo a Jesús que es en sí mismo el Reino de Dios acercándose. No se puede pedir más ni obtener mayor respuesta. La resurrección fue la segunda mayor respuesta: como garantía de perpetuidad proyectándose al futuro más allá de la muerte.” (Una Historia de Navidad, Relato de Tebenis, en G. Papini, Juicio Universal)

Y es que toda respuesta de Dios, aunque no podamos captarla, siempre es asombrosa. Mucho más. Mucho mejor. Mucho más allá de nuestros mejores sueños y expectativas. Aunque no siempre la comprendamos y valoremos en lo que merece. Ha habido muchas más, pero ninguna como éstas.

Con Pablo empezábamos esta serie de reflexiones en torno a la oración, y con Pablo vamos a finalizarla.

II. DESARROLLO

1ª Tesalonicenses 5:12-24

12 Os rogamos, hermanos, que reconozcáis a los que trabajan entre vosotros y os presiden en el Señor y os amonestan. 13 Tenedlos en mucha estima y amor por causa de su obra. Tened paz entre vosotros.

14 También os rogamos, hermanos, que amonestéis a los ociosos, que alentéis a los de poco ánimo, que sostengáis a los débiles, que seáis pacientes para con todos.

15 Mirad que ninguno pague a otro mal por mal, antes seguid siempre lo bueno unos para con otros y para con todos.

16 Estad siempre gozosos. 17 Orad sin cesar. 18 Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús. 19 No apaguéis al Espíritu. 20 No menospreciéis las profecías. 21 Examinadlo todo y retened lo bueno. 22 Absteneos de toda especie de mal.

23 Que el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser—espíritu, alma y cuerpo— sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo. 24 Fiel es el que os llama, el cual también lo hará.

Recomendaciones finales para la vida comunitaria práctica del grupo al que se dirige: una llamada a la alegría, al aliento que nos debemos unos a otros, al aprecio y bondad mutuas, a una actitud expectante y consecuente con el Espíritu Santo que es guía de la Iglesia.

En medio de todo destaca en solitario un verso contundente: Orad sin cesar, complementado con otra alusión a la oración: Dad gracias en todo –especialmente a Dios, se entiende–. Lógicamente, estas exhortaciones implican carencias, porque lo que es obvio y habitual, ¿a qué reiterarlo?

1. la oración es una práctica en riesgo y hoy... en declive

Ya entonces, la oración perseverante era una práctica en riesgo y seguramente, 2000 años después, hoy lo sigue siendo:

“¿Dónde queda la vida de oración personal, como matrimonio, como familia, como iglesia? Con verdadera preocupación observamos cómo algunos creyentes no oran nunca salvo en las comidas... y hasta eso se está perdiendo. ¿Qué tipo de vida espiritual se puede esperar de alguien que no practica la más elemental fuente de espiritualidad? Y aún más vital que una vida de oración es recuperar el espíritu de oración. Por muy ocupados y acelerados que vivamos, nada ni nadie debería quitarnos la actitud de orar sin cesar.” (P. Martínez Vila, “Autocrítica de nuestra vida espiritual y testimonio”, Plenaria del 6º Congreso Evangélico Español, Madrid, 1997)

¿Qué nos pasa? Los cultos de oración exigüos, las células inhabitadas. No lo permitáis. No os lo permitáis.

“Sin cultivar la espiritualidad, sin cultivar la oración como encuentro con Dios y con nosotros mismos, a dónde seremos capaces de llegar. Sin ella, nos encaminamos a un viaje a ninguna parte. La oración es práctica necesaria de aquellos cristianos y cristianas que creen en el Dios de Jesús de Nazaret. Algunas personas, comprometidas con el reino de Dios, la han abandonado por reacción a una espiritualidad desencarnada pero eso es un error mortal. Es verdad que sin relación solidaria con las personas, no vamos a ninguna parte. Pero sin relación con el Dios de Jesús no creo que avancemos mucho más. Acción y oración deben ir de la mano. La oración es práctica de la persona que ha optado por Jesús [...]”

Pero no vale cualquier práctica de oración [...] Y menos todavía la emparentada con la magia que huye, necesariamente, de Getsemaní.” (Ignacio Simal, publicado en Lupa Protestante, 2008)

El Dios con el que me relaciono, con el que nos relacionamos, es el Dios de Jesús de Nazaret. Es el Dios que sufrió en Getsemaní y en la tortura y posterior asesinato de su Hijo. Con Él no valen artificios. Con Él sólo vale la gratuidad del encuentro, de la “conversación” que nos llama a la misericordia y a la complicidad con el corazón mismo de Dios. Ahí, Él siempre nos acompaña y atiende. Por eso podemos afirmar lo siguiente...

2. la oración es una práctica totalizante

“Existen tantas formas de orar como momentos en la vida. Algunas veces buscamos un lugar tranquilo y queremos estar a solas. Otras, buscamos un amigo y queremos estar acompañados. En ocasiones preferimos un libro, en otras, música. Algunas veces queremos, junto a multitudes, prorrumpir en cánticos. En otras, susurrar junto a unos pocos. Algunas veces queremos expresarlo con palabras audibles, otras con pensamientos y otras, con un silencio profundo.” (Henry Nouwen)

Así, pues, sin menospreciar la importancia de los tiempos exclusivos dedicados y apartados para la oración, orar sin cesar consigue que no convierta la oración en una especie de acto espiritual exclusivo desconectado del resto de mi vida.

Lo que dice Pablo implica una actitud vital en la que no permitimos que Dios sea ajeno a nada de lo que nos acontece

Y es que la llamada de Pablo va un paso más allá. Orar sin cesar. Algo que a menudo se ha interpretado de un modo místico –vida monacal de oración, dedicar la vida a la oración en silencio y exclusividad– que ha llegado a la excentricidad y el extremismo. Sin embargo, se trata más bien de verlo al revés: dedicar la oración a la vida, impregnarla de ella, verterla sobre ella y permitir que la empape.

La oración significa estar en compañía de un Dios que ya está presente. Mi misma preocupación sobre las personas y asuntos por los que oro en realidad manifiesta la presencia de Dios dentro de mí. Si no fuera así no lo haría.

Porque lo que dice Pablo implica una actitud vital en la que no permitimos que Dios sea ajeno a nada de lo que nos acontece. Le hacemos compañero, cómplice, consejero o juez de cuanto somos, vivimos, hacemos o pensamos en medio de la cotidianidad de la vida que vivimos.

Es necesario aprender a vivir la diferencia que supone orar como actitud vital del hecho de "decir oraciones". Orar en ese sentido supone simultanearla con cualquier otra tarea y conseguir transformarla. Porque, de hecho, unos más que otros, nuestras mentes tienen el potencial de atender a más de una cosa a la vez (véase una madre atareada). Así que necesitamos brindarle atención a Dios aun cuando estamos haciendo otra cosa y dirigir hacia Dios el diálogo interno que está teniendo lugar en nosotros todo el tiempo.

Orar en las experiencias cotidianas, algunas más facilitadoras que otras: lavar platos, ir en coche, pasear por un paisaje bello,...

Pero no todo queda en la esfera individual. Orar sin cesar también implica aprovechar todas las oportunidades que la propia comunidad brinda para la oración unida. Son tan irrepetibles como necesarias. Anhelando esto, decía A. Machado:

"Converso a todas horas con ese hombre que siempre va conmigo. Quien habla a solas espera poder hablar a Dios un día".

Para nosotros llegó ese día hace tiempo. Hemos tenido, aunque con sus sombras y sus dudas, experiencias por las que suspiró, quién sabe si sin ver nunca cumplidas, el poeta. Apreciémoslas en lo que valen.

3. la oración es un fin en sí mismo que constituye toda una lección



Fuente: <http://www.flickr.com/photos/abcdz2000>

Y es que la oración es un fin en sí misma, aunque no tuviera objeto aparente. La oración no tiene por qué ser productiva en el sentido normal del término y, sin embargo, el caso es que cuando uno no busca efectos colaterales necesarios los obtiene.

- Es terapéutica, pero eso es un efecto, no un objetivo.
- Es estimuladora de lo mejor que hay en mí.
- Favorece la misericordia, valor prioritario en Jesús.
- Llama al compromiso.

De hecho, sólo la oración cristiana nos proyecta a la intercesión y llevándola al extremo de orar por los enemigos –recordemos a Jesús intercediendo en la cruz: "Padre, perdónales" (Lucas 23:34)–. Se ha dicho que la Iglesia ora porque nadie más puede hacerlo. Más aún: la Iglesia ora por aquellos por los que nadie oraría.

Habiendo adquirido ese hábito de orar sin cesar y remitir todo a Dios, descubro que nada es demasiado trivial para que lo lleve ante Él: mi egoísmo, mis pe-

queñas miserias, mis necesidades reales o infundadas, mis alegrías, mis dolores, mis esperanzas, mis deseos...

Habiendo adquirido ese hábito de orar sin cesar y remitir todo a Dios, descubro que nada es demasiado trivial para que lo lleve ante Él.

La Biblia registra todas esas y otras modalidades de oración. Porque oración es relación, y no técnica. Es compañía y pasar tiempo juntos, y no presentarse ante un tribunal con un proyecto pulido y depurado para que sea aprobado como correcto y razonable. Porque es relación de amor, auténtica y afectuosa. Al fin y al cabo, Jesús asemeja la oración a un hijo acercándose a un padre. Ese hijo que trepa a las rodillas de un padre con una lista absurda y fantasiosa de Navidad seguramente no recibirá todo lo que quiere. Pero el mismo hecho de que se haya subido

a las rodillas de su padre con confianza dándole a conocer sus más hondos deseos ayuda a cimentar el vínculo de amor que el padre apreciará por encima de todo lo demás.

Con todas las preguntas que no tienen respuesta, no me cabe duda de que hacemos mucho mejor al actuar como un niño que confía, en lugar de pretender ser adultos maduros y equilibrados, algo escépticos e infatuados acerca de nuestro conocimiento sobre Él... ¡nada menos que ante Dios!

Porque orar sin cesar y en todo supone no solo que podamos orar en toda situación, sino también que la totalidad de nuestra vida está sumergida en la oración y, por tanto, todo puede convertirse en objeto de oración. Dejemos a Dios ser Dios y que sea Él quien separe el grano de la paja.

III. CONCLUSIÓN

Los cristianos oramos. Oramos porque queremos agradecer las maravillas de la vida y también porque nos sentimos pequeños, impotentes y a menudo con miedos e inquietudes que nos superan. Oramos porque necesitamos perdón, fuerza, valor, fe. Oramos porque necesitamos la seguridad de que no estamos solos, de que somos conocidos y valorados por Quien es el Fundamento Último del Universo y de todo cuanto existe. Porque no nos resignamos. Porque el hambre de inmortalidad, de Bien y de Belleza que anida en nosotros nos eleva por encima de la animalidad de la que surgimos. En definitiva, como dijera el citado William James: Oramos, sencillamente porque no podemos dejar de orar. Oramos porque, aunque nuestras necesidades pueden empujarnos a la oración, allí nos hallamos cara a cara con nuestra mayor necesidad: un encuentro y una relación con el propio ser de Dios.

Y es que el principal propósito de la oración no es hacer la vida más fácil ni adquirir poderes mágicos, sino conocer a Dios, acercarnos a Él para amarle más y más auténticamente. Y servirle con alegría. Porque necesito a Dios infinitamente más que cualquier otra cosa que pueda conseguir de él. Y hasta que no hayamos entendido esto, todo será vanidad y correr tras el viento (Eclesiastés 1:14).

Sí, realmente necesitamos volver sobre esto una y otra vez, porque si bien es cierto que la oración no es ni mucho menos el todo del creyente y de la Iglesia, no es menos cierto que cuando la centralidad de la oración se diluye todo se viene abajo: la fe, el compromiso, la conciencia, la solidaridad, el amor fraternal, el sentido mismo de la existencia de la Iglesia.

Finalizamos con unas palabras del gran maestro Yancey:

"Oro con la insólita creencia de que Dios desea una relación continua conmigo. Oro confiando en que este acto de orar es el modo diseñado por Dios mismo para cerrar el vasto abismo entre el infinito y yo. Oro a fin de situarme en la sintonía, en corriente de la obra sanadora de Dios en la Tierra: su Reino. Oro al igual que respiro porque no puedo evitarlo, aunque a menudo no comprenda ni cómo, ni por qué.

A veces pienso en cómo será mi primera conversación cara a cara con Dios. Tengo tantas preguntas sin resolver, tantos lamentos y remordimientos. ¿Por dónde debería empezar? Varias formas de hacerlo vienen a mi mente hasta que recuerdo en verdad con quien estaré hablando: con el que formó las galaxias y todo cuanto existe. Las objeciones se desvanecerán, las dudas se disolverán y me imagino retrocediendo hasta pronunciar palabras similares a las de Job: 'Ah, ahora empiezo a entender...!'"

Quizá, sólo así, en este espíritu, podremos cantar, de todo corazón, y en esperanza contra esperanza aquella canción compuesta en los años 80 por un hermano nuestro de nuestra antigua iglesia de Valencia:

*Al doblar mis rodillas, al cerrar mis ojos,
Al juntar mis manos y ponerme a orar,
A veces pienso en el mundo y en la gente que sufre.
Y al oír la voz de un hermano que ora
Y oír que gime y oír que llora,
A veces pienso si el mundo tiene sentido.*

¡Tantas cosas son! ¡Tantas cosas son!

¡Tantas cosas, Padre,

Que no puedo comprender por qué!

*Y en el silencio oigo tus pasos,
Siento mis manos entre tus manos,
Y oigo una voz al oído tan cerca de mí.
Y mis palabras pierden sentido,
mis argumentos, mis sentimientos
Quedan atrás lejos mío, tan lejos mío.*

*Siento tu calor, siento tu amor,
Siento que me amas
y no puedo comprender por qué.*

*¡Tantas cosas son! ¡Tantas cosas son!
¡Tantas cosas, Padre,
Que no puedo comprender por qué!*

(Autor letra y música, Juan Carlos Roldán, Valencia 1984)

Juan Fco. Muela

Comunidad Cristiana Evangélica de Bilbao

<http://www.iglesiasantutxu.org>